

los rusos en el otoño ó en el invierno. Pero la ayuda no llegó de ninguna parte, así es que la ciudad, abandonada á la sola defensa de sus habitantes, expertos en el manejo de las armas, de un puñado de labradores estonios mal organizados, de la pequeña guarnición sueca y de sus fuertes puertas y murallas, hubo de hacer frente al enemigo desde 23 de enero de 1577 y por espacio de siete mortales semanas. Al frente del ejército ruso, que constaba de 50,000 hombres, estaba el príncipe Feodor Mstislavsky, hombre joven, pero dotado de grandes conocimientos militares, que tenía á su lado á Ivan Scheremetyeff, el mejor general que poseían los rusos en aquel tiempo. El czar había puesto á su disposición toda su artillería ó sean 200 cañones de sitio, entre ellos 50 morteros; 2,000 barriles de pólvora proporcionaban material bastante para los disparos de aquellas piezas y para la voladura de minas. Sin embargo, todos los esfuerzos de los rusos resultaron inútiles, todos los planes fracasaron: los revalenses magistralmente organizados sabían sofocar los incendios apenas se iniciaban y mantener vivo el valor de los sitiados con salidas hábilmente realizadas. Pronto comprendieron los rusos que los verdaderos sitiados eran ellos: apenas mostraban un punto vulnerable, los revalenses sabían explotarlo; la superioridad de la táctica de Occidente y el valor personal de los guerreros alemanes enfrente de aquellas hordas tártaro-moscovitas se hicieron patentes en todas ocasiones. Scheremetyeff sucumbió; una carta en que el czar después de las acostumbradas promesas intimaba la rendición á la ciudad, no produjo efecto alguno; mientras los revalenses solo contaban 110 muertos, los rusos habían sufrido 4,000 bajas y desesperando de lograr su propósito, pegaron fuego á su campamento el día 13 de marzo y emprendieron vergonzosa retirada, ni mas ni menos que la había emprendido seis años antes el rey Magno.

El hecho de que Reval se resistiera con fortuna, significaba un fracaso tan decisivo de la política rusa, que el efecto hizo visible en seguida. El rey Magno entró en negociaciones secretas con Gotardo Kettler y por conducto de éste con Estéban Bathory, con objeto, al parecer, de entregar á los polacos á Dorpat, á cambio de que le garantizaran sus posesiones de Pilten y de Livonia; pero antes de que se llegara á un acuerdo sobre esto, el czar, que con numeroso ejército se encontraba en Plescovia, hizo comparecer ante su presencia á Magno, el cual se le presentó en 29 de julio de 1577 con la conciencia poco tranquila. ¿Cómo hubiera podido resistirse á su soberano? Ciertamente que el czar no tenía prueba ninguna de las traidoras negociaciones de su seudo rey livonio, pero abrigaba contra él muy serias sospechas. Magno, que había sabido disculparse, fué nuevamente encadenado á las banderas rusas por medio de un tratado solemne, en virtud del cual ejercería un mando independiente en la campaña que el rey iba á emprender personalmente contra Livonia, pero no podría ocupar otros castillos y ciudades mas que los situados al Este y al Norte del Aa, reservándose el czar para sí la Livonia meridional.

Estéban Bathory se encontraba todavía delante de Dantzig é Ivan creía precisamente entonces poder fundar sus pretensiones sobre Livonia en un título jurídico de gran fuerza. Taube y Kruse se habían aliado nuevamente con el czar, pues temiendo que á consecuencia de la discordia engendrada por la elección de Estéban, Ivan se apoderaría quizás de Livonia, quisieron, por si este caso llegaba, tener las espaldas guardadas. Obtuvieron de Bathory, á quien se habían hecho útiles durante el sitio de Dantzig, permiso para entrar en negociaciones con el czar y aun fingieron haber recibido de éste halagüeñas promesas. Pero en realidad lo que habían hecho había sido presentar al czar cartas falsificadas del em-

perador, de los príncipes electorales y de los príncipes del imperio en las cuales estos renunciaban á sus pretensiones sobre Livonia en favor de Ivan y de paso consignaban expresamente el celo con que Taube y Kruse habían trabajado en interés de éste.

Una parte de la nobleza de la archidiócesis de Riga, que en aquellos tiempos calamitosos esperaba su salvación de la unión con el rey Magno, estaba dispuesta á reconocer una soberanía mediata del czar siempre que se le garantizaran sus antiguos derechos y libertades; así comenzó en 11 de julio de 1577 la terrible expedición de Ivan al través de aquel país mal defendido y casi desprovisto de presidencias polacas. Los cronistas de la época expusieron en términos lisos y llanos los desastres de aquellos días, y siendo sus descripciones muy esenciales para conocer á fondo el modo de ser de Ivan, creemos conveniente detenernos algo en ellas. El ejército ruso atravesó la Livonia llevando el incendio y el asesinato á Ludsen, Rossiten, Dunaburg, Schwaneburg y Sesswegen. En Ascheraden hizo prisionero al anciano mariscal de la orden, Gaspar Munster, y después de haberle hecho arrancar los ojos mandó azotarle hasta que cayó muerto. Inmediatamente marchó hacia el Oeste siguiendo la corriente del Duna, precedido en todas partes del terror que sus actos inspiraban. Las poblaciones apenas tenían noticia de que el czar se aproximaba apresurábanse á reconocer la soberanía del rey Magno, con la falaz esperanza de librarse de este modo de la ruina que les amenazaba. Magno, contra lo que disponía el convenio de Plescovia, se había decidido con imperdonable ligereza á recibir el homenaje de Wenden y á enviar poco después á Kokenhusen algunos guerreros que en su nombre recibieron el de la fortaleza, débilmente guarnecida. Desde Wenden y con fecha 24 de agosto publicó un manifiesto en el cual decía que, á fuer de príncipe alemán cristiano, se compadecía del pobre país oprimido y que quería salvar á todos los que á él se unieran. Sus agentes trabajaban también en Riga, de suerte que haciendo un doble juego quería asegurar su porvenir así respecto de Rusia como de Polonia, del mismo modo que trataban de hacerlo Taube y Kruse. La infeliz Livonia era la que debía sufrir las consecuencias de todo.

Ivan en medio de su desconfianza no veía todo el tejido de intrigas que se tramaba, pero estaba firmemente resuelto á quitar al rey las ganas de traspasar los límites del tratado de Plescovia. A este efecto hizo abrir con grandes amenazas las puertas de Kokenhusen, mandó salir de la ciudad á los lituanos, prendió á todos los habitantes y ordenó que fueran acuchillados, asesinados y estrangulados todos los que se habían puesto al lado del rey Magno, á excepción de un escribano á quien perdonó la vida y puso en libertad para que pudiera relatar á su amo la tragedia de Kokenhusen. Aquella «sangrienta historia» produjo una consecuencia buena y fué que en Riga nadie creyó ya en las promesas del rey de Livonia y que Ivan renunció á invadir la Curlandia, que difícilmente hubiera podido oponerle resistencia y á cuyo duque hizo decir que por esta vez perdonaba á su pequeño país de Dios (1).

La razón de esta gracia se comprende fácilmente: por un lado Ivan había hecho proponer al duque que se le sometiera y éste había pedido un plazo para meditar la proposición, y por otro Curlandia formaba parte, aunque nominalmente,

(1) Lo cual de tal suerte fortaleció, consoló y animó al angustiado y apesadumbrado duque, que saltó de alegría y dijo: «Si mi principado es este pequeño país de Dios, que otra cosa no sé ni creo, estoy seguro y cierto de que Dios conservará á los suyos y arrojará algún bocado á las fauces del enemigo y no le permitirá que nos aflija á mí y á los míos.» Salomon Henning, en *Scr. Rer. Liv.*, II, pág. 269.

de Lituania, y el czar, que no tenía noticia de la unión de 1569, no había renunciado á la esperanza de apoderarse de Lituania por medio de negociaciones pacíficas. Además había otra razón, y era que Ivan estaba altamente irritado de que Magno hubiese asentado su planta en Wenden, antigua residencia del maestre de la orden, que le interesaba mas que nada arrebatarse á su desleal protegido. De aquí que con todo su ejército avanzara hacia la ciudad como si se tratara de una plaza enemiga. La noticia de que Magno al apoderarse de Wolmar había hecho prisionero á un vaivoda del czar no era la mas á propósito para aplacar la cólera de Ivan, el cual iba resuelto á hacer en Wenden una segunda edición de lo que en Kokenhusen había hecho. Magno, cediendo á las súplicas de los aterrorizados habitantes, resolvió salir con veintitres de los mas ilustres ciudadanos á recibir á Ivan para interceder por la ciudad. «Cuando estuvieron á presencia del gran duque, todos se prosternaron y pidieron gracia para sí y para los suyos. El gran duque echó pié á tierra junto con su hijo y con sus principales capitanes, hizo levantar por ser hijo de un gran soberano, devolvióle el puñal, que á él y á los suyos se había quitado, y le prometió, no sin antes haberle recriminado severamente, hacerle gracia y respetar su vida. Pero mientras esto decía, una bala disparada desde el castillo pasó casi rozando la cabeza del gran duque, el cual volvió á montar á caballo y de tal manera se irritó, que juró por San Nicolás que no dejaría con vida á ninguno de los de Wenden, aunque se tratara de un príncipe.»

Magno fué preso y encerrado con sus veintitres compañeros en un cuarto de baño y hubo de firmar al czar un documento en el cual reconocía deberle 40,000 florines húngaros que se comprometía á pagarle por todo el día de Navidad, en la inteligencia de que si dentro de este plazo no hacía efectiva dicha suma, sería encarcelado en Moscou hasta satisfacer doble suma en oro árabe ó en piedras preciosas. El czar dirigió toda su artillería contra Wenden y ordenó á sus gentes que dieran el asalto: los del castillo sabían que no habría misericordia para ellos, así es que á pesar de ser tan pocos en número se defendieron contra fuerzas excesivamente superiores con el valor que da la desesperación, y apenas uno caía destrozado por una bala de cañón que le alcanzaba mientras hacía fuego desde una ventana, otros corrían á ocupar su sitio para sufrir tan rápida y envidiable muerte, que les salvaba de la venganza del tirano. Al fin solo quedaban en el castillo algunos ancianos, mujeres y niños, y unos pocos guerreros y sacerdotes, en junto 300 almas. Al cuarto día de bombardeo (4 de setiembre de 1577) todos los del castillo se reunieron en una habitación fortificada (1) y puestos de rodillas tomaron la comunión: cuando los rusos dieron el asalto, Enrique Boismann, hijo de un consejero revalense, prendió fuego á cuatro barriles de pólvora que debajo de aquella habitación habían sido colocados. «Enrique Boismann aun vivía cuando los rusos le encontraron entre los escombros, y conducido ante la presencia del gran duque expiró al cabo de una hora, lo cual no impidió que al día siguiente fuese empalado. El gran duque cometió después en Wenden tales tiranías y tales ultrajes con las mujeres casadas y doncellas, que dejaron muy atrás á cuantos horrores pudieran contarse de los turcos y de otros tiranos: á algunos hombres hizo azotar y luego heridos y ensangrentados los mandó quemar vivos; á un burgomaestre le hizo arrancar en vida el corazón; á un sacerdote le cortó la lengua de raíz y á los demás hizo morir en medio de los tormentos y suplicios mas atroces...»

(1) Segun la tradición, en el antiguo Remter del maestre de Livonia.

La ruina de Wenden causó una impresión profunda: á donde quiera que llegaba Ivan se le abrían las puertas, y toda Livonia, á excepción de Riga, Dunamunde y Treiden, cayó en su poder. Embriagado por la sangre y por la victoria entró en Dorpat y al siguiente día citó ante su presencia á Magno, que vivía en continua zozobra, y le dió una «dura lección» explicándole cómo sus antepasados y él habían tenido durante algunos centenares de años, «que su prodigiosa memoria supo relatar,» gran amistad con los emperadores romanos y reyes, cómo había sido amigo de ellos y cómo también por su nacimiento y por su descendencia era de sangre alemana (2); cómo singularmente había formado grandes planes con el rey Federico de Dinamarca y en su consecuencia honrado y querido al rey Magno y casádole con su próxima consanguínea, etc., etc. Finalmente, envió al temeroso príncipe á Karkus, aunque sin relevarle de la exorbitante obligación que le había hecho contraer delante de Wenden. Después de esto, regresó Ivan á Moscou por Plescovia.

Desde Wolmar había escrito el czar una carta de triunfo al príncipe Kurbsky poniendo á la cabeza su título completo cual si se tratara de un documento importante: «Nos, el gran soberano, czar y gran duque Ivan Vassilyewitz, de todas las Rusias, de Wladimir, Moscou, Nowgorod, czar de Astrakan, gossudar de Pskoff, gran duque de Smolensko, Twer, Jugorien, Perm, Wjatka, Bulgaria y otros, gossudar y gran duque de Nowgorod en el país bajo, de Chernigoff, Rjasan, Polozk, Rostow, Jaroslaw, Bjeloosero, soberano hereditario y poseedor del país livonio de origen alemán, señor de Udorien, Obdorien, Kondinien, de toda la Siberia y del país septentrional; á nuestro ex-boyardo y vaivoda el príncipe Andrés Micaelowitz Kurbsky.» En ella decía que aun había hombres en Rusia; que ante el poder de la cruz viva habían caído las fortalezas de los alemanes; que había sido severo y duro, pero que la deslealtad de los boyardos le había obligado á serlo, y que desde Wolmar, donde Kurbsky había en otro tiempo buscado la salvación ante él, le escribía aquella carta para que así pudiera reconocer la voluntad de Dios, ponerse sobre sí y pensar en la manera de salvar su alma. «Escrita en nuestra herencia paterna, Livonia, en la ciudad de Wolmar en el año 7086, 43 de nuestra soberanía, 31 de nuestro gobierno en Rusia, 25 de nuestro gobierno en Kasan y 24 de nuestro gobierno en Astrakan.»

El fácil triunfo que la superioridad numérica de sus fuerzas había conseguido en Livonia, el convencimiento de que á su intervención personal se debía el éxito principal de la campaña y las esperanzas cifradas en el partido rusófilo que existía en Lituania, aumentaron de una manera desmedida la arrogancia que aquella carta revelaba y como siempre que de tal humor estaba, echó Ivan la culpa de lo que le movía á proceder de aquel modo á los que suponía enemigos ó traidores. El príncipe Miguel Worotynsky, el vencedor de los tártaros, fué condenado á morir en medio de los mas atroces tormentos á pretexto de que valiéndose de hechizos había querido atentar contra la vida del czar; igual suerte sufrieron el vaivoda príncipe Nikita Odoyewsky, el anciano boyardo Morosoff con su familia y otros muchos. Un nuevo matrimonio, el sexto que contrajo Ivan, trajo nuevos alborozos y dió ocasión á los mas atrevidos planes políticos. El czar proyectaba construir cerca de Reval, como antes lo había hecho delante de Narva, una nueva ciudad y creía sobre todo poder apoderarse ya de Riga y de Curlandia, á cuyo efecto encargó á sus vaivodas de Livonia que hicieran los neces-

(2) Sobre esto hace notar Henning, de quien tomamos esta relación oída de labios del mismo rey Magno: «*Silicet*, como Poncio Pilatos, de Forchheim, Franconia.» Véase mas arriba.

rios preparativos. Riga y Dunamunde se creían ya en octubre de 1577 amenazadas de un sitio, pero sus temores no se realizaron.

Cuando la retirada del czar, los presidentes polacos, aunque pocos en número, penetraron en aquel país, y los livonios, sintiendo renacer su valor, fueron reconquistando uno tras otro, bien por sorpresa bien por asalto, los castillos y las ciudades de que se habían apoderado los rusos, siendo de especial importancia la toma de Dunaburgo y de Wenden. Vino luego el arreglo del rey Estéban con Dantzig, ciudad de cuya capitulación hacia el monarca depender el apoyo a Livonia y que al fin, y gracias a la mediación de negociadores livonios, se rindió con las mas honrosas condiciones. Desde entonces encontramos siempre en el cuartel real a los embajadores de Dantzig, que en su altiva independencia podía cuidar, bien que unida a Polonia, de sus propios intereses sin separarlos de los generales del reino. Las memorias de estos embajadores son una de las mas importantes aunque poco utilizadas fuentes para la historia de la Europa oriental y en especial de Polonia durante los siglos décimosexto y decimoséptimo (1). El rey, inmediatamente despues de haber recibido el homenaje de Dantzig, se dirigió a Varsovia, donde una dieta debía discutir acerca de los medios de proteger a Livonia contra los rusos y a Wolhynia y Podolia contra los tártaros. Algunos embajadores habían sido enviados a Moscou para entrar en tratos con el czar; pero Bathory les había encargado que procuraran entretenerse lo mas posible, porque su deseo era ganar tiempo. No se le ocultaba que era inevitable una lucha decisiva con Rusia, pero no quería comenzarla hasta que contara con medios suficientes para sostenerla. Como de costumbre, en la dieta polaca surgieron disensiones y disturbios: la Szlachta no dejó que se pusiera ningun tema a discusión hasta ver realizada su idea favorita, es decir, la creación de tribunales superiores elegidos cada año por las vaivodías. A pesar de las súplicas que en demanda de auxilio formulaba Lituania, no querían los szlachtizes ceder, y probablemente Bathory no hubiera conseguido el fin que se proponía si con habilidad suma no hubiese sabido atraerse por un lado a los partidarios de la contra-reforma y por otro a los jefes de la Szlachta, cosa de importancia decisiva no solo en aquel momento, sino para todo el desenvolvimiento ulterior de Polonia.

Estéban Bathory, cuya ortodoxia católica era tan poco firme antes de su elección que debió su triunfo a la pequeña nobleza polaca, había resuelto de antemano acatar y observar los preceptos del catolicismo tal como había sido definido por el concilio de Trento, y ya los católicos mas distinguidos desde sus primeras entrevistas con él sabían claramente que en él tendrían, no un enemigo, sino por el contrario un protector. Estéban había comprendido perfectamente cuán poco hondas raíces había echado el movimiento protestante, y creía que en cuanto el interés público desapareciera atraído por otros asuntos, los muchos elementos tibios é indiferentes fácilmente se apartarían del protestantismo. Era indudable que una guerra contra Rusia favorecería este cambio, y así se explica que el partido católico en masa apoyara al rey en sus planes de guerra. En segundo lugar, como el rey debía su elección a los votos de la Szlachta, quería ante todo ser rey de los szlachtizes y apoyarse en este elemento, siempre en la suposición de que aquella democracia noble le ayudaría, dentro de los límites de la constitución polaca, a fundar una monarquía fuerte. De aquí que, contra lo que todo el mundo esperaba, no elevara por encima de todos a Andrés

(1) *Acta Internuntiorum*. Archivo del Estado de Dantzig.

Zborowski, el mas ilustre de los magnates, sino al szlachtiz Juan de Zamoyski, antiguo protestante, tenido por el mayor talento entre la pequeña nobleza y que por sus relaciones de familia ejercía gran influencia en la Lituania rusa, nombrándole su canciller. El rey fundaba su nueva teoría sobre la monarquía polaca en la popularidad de que gozaba y en el apoyo, así franco como secreto, que le prestaba el clero. Decía que el rey elegido por el pueblo, es decir, por la Szlachta, representaba toda la majestad del pueblo y podía, por tanto, exigir una obediencia absoluta (2): teoría singularísima que estaba en completa contradicción con la doctrina de la monarquía por la gracia de Dios y con la noción de legitimidad y que era la misma sobre la cual doscientos años despues basaba su régimen del Terror la Convención de París. El hecho de que la Iglesia católica admitiera tal teoría sin intentar siquiera oponerse a ella, demuestra la flexibilidad de sus convicciones políticas.

Solo muy lentamente pudo Bathory poner en práctica su teoría; y como la parte política del programa era únicamente posible en la hipótesis de que había de venir una serie de soberanos dotados de gran energía y de gran talento, este círculo de sus tareas como monarca desapareció con él sin dejar huella alguna para el Estado polaco, al paso que pudo realizarse por completo el programa religioso que servía de medio para el fin a que se tendía. Su gobierno quitó fuerzas al protestantismo y al propio tiempo sembró indestructibles gérmenes de catolicismo en el territorio greco-ortodoxo de la república. El interés preponderante que inmediatamente despues de la aprobación del tribunal exigió la política exterior desvió la atención de la cuestión religiosa (3), comenzando simultáneamente la edad de oro de los jesuitas. Desde los tiempos del rey Estéban fué Polonia el centro de la propaganda católica en la Europa oriental: aquel monarca encontró siempre en los jesuitas espontáneos y enérgicos favorecedores de sus planes políticos. La idea de la desnacionalización y de la unificación religiosa, que hoy se agita nuevamente a costa de Polonia, fué aplicada por Bathory de acuerdo con los jesuitas, primero en Lituania y en Prusia y despues en Livonia, en la esperanza de que por este medio quebrantaría las simpatías que durante las últimas elecciones de rey se habían manifestado tan patentemente en Lituania en pro de la Rusia greco-ortodoxa, y destruiría en Prusia y en Livonia la cohesión con el Occidente germano-protestante. Unido a Juan Zamoyski no perdió un momento de vista su plan durante el curso de su gobierno. Estas ideas acompañaron siempre a la república polaca y aun la sobrevivieron; ellas constituyen su fuerza y también su debilidad, en primer lugar porque el elemento polaco no dió muestras de la energía de asimilación que tan gigantesca empresa requería y en segundo porque tarde ó temprano debía ser vengada la violencia religiosa y nacional que contra derecho y contra justicia se ejercía (4). Por esta razón el gobierno de Estéban Bathory, basado en los *Articuli Heinrichiani*, es, a nuestro modo de ver, el suceso mas funesto de la historia de Polonia, pues si bien es cierto que á él se debe la grandeza de esta nación, no lo es menos que hizo inevitable su futura ruina. De este acontecimiento solo podemos tratar brevísimamente.

(2) Zakrzewsky: «Estéban Bathory», Cracovia, 1887.

(3) Véase Ljubowitz: «Datos para la historia de los jesuitas en los países lituano-rusos en el siglo décimosexto», Varsovia, 1888 (en ruso). Pierling: *Rome et Moscou, 1547-1579*, Paris, 1883.

(4) El autor, que ha encontrado legítima la propaganda luterana y calvinista en Polonia, encuentra ilegítima la propaganda católica, y hasta parece justificar los procedimientos actuales de la Rusia. Salta a la vista la parcialidad de este juicio. (N. del T.)

El trabajo de los jesuitas veíase fomentado por el nuncio pontificio, en cuyas manos se juntaban todos los hilos de los esfuerzos que contra el protestantismo y la religión griega se dirigían, y por los monjes franciscanos y bernardos, que tendían al mismo objeto. Sabían, además, los jesuitas atraerse a los despreciados labradores, siendo especialmente frecuentes las deserciones en las filas de los siervos afiliados a la reli-

gion griega (1). Los jesuitas de Wilna fueron los que mas se distinguieron en esta campaña: en la cuaresma de 1579 pudieron ofrecer al rey el espectáculo de convertirse al catolicismo ochenta y dos protestantes y cuarenta griegos. Los padres de la Compañía de Jesús, al revés de lo que pasaba con las otras órdenes, obtenían sus principales éxitos entre la gente mas elevada: el canciller Zamoyski los tenía siempre

Wgentliche vnd ware Contrafactur/
Johanna De Zamoyski/ des Königs Poln Groß
kuchler/ vnd Kettle General Dierfar/ ic.



Juan de Zamoyski.

Facsimile de una estampa anónima de 1588.

á su lado y él y el vaivoda de Podolia les dejaron convertir primero a sus esposas y luego a sus vasallos. En cuanto al rey Estéban, no solo se mostraba tolerante, sino que fomentaba cuanto podía estos esfuerzos. La transformación del colegio de jesuitas de Wilna en una academia y la fundación de un colegio de jesuitas en la ciudad de Polozk, arrebatada a los rusos, forman época en la historia de la contra-reforma en Lituania. En las provincias rusas lograba sorprendentes éxitos el colegio de jesuitas fundado en Lublin por Maciejowski, Zebrzydowski y Wapowski, procurándose al mismo tiempo en todas partes la conversión de los protestantes, que en la Polonia propiamente dicha oponían muy escasa resistencia. Cambiábase de religión con la misma facilidad que de vestido y los conversos se mostraban muy

pronto celosos apóstoles de las doctrinas católicas. Cada vez que se presentaba un nuevo predicador jesuita, podía tenerse por seguro que a su alrededor se agruparía una numerosa multitud de protestantes, que acudirían a escucharle movidos

(1) Ljubowitz, obra citada, pág. 13, nota 2, cita algunos ejemplos característicos: «In primis anno 1579 Dec. 13. Zophia antea vocata Agaphia de Potocko (debe leerse Polocko) familia D. Gasparis Klodzienski schisma Ruthenorum revocavit. Eodem die Johannes, cocus supradicti domini, Ruthenus agnoscens fallaciam doctrine Ruthenicae, catholicae fidei adhesit. 14 Dec. Thomas antea vocatus nomine Ruthenico Panas (seguramente Afanas) de Witeusko.... homo laboriosus ex schismate Moscorum conversus. Eodem die Simon, antea vocatus Siemien, familia D. Gasparis Klodzienski, schisma graecorum revocavit, Anno domini 1580, Marz 6 ancilla quaedam... nomine Dorothea ex patre Lewon Rutheno.... pertinaciam Ruthenorum omisit.»